

Pepe Cervera

Alguien debería escribir
un libro sobre Alejandro Sawa



menos**cuarto**

reloj de arena

Colección dirigida por FERNANDO VALLS

© Pepe Cervera, 2016

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2016

ISBN: 978-84-15470-35-3

Dep. Legal: P-YY/2016

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Juana
tres veces santa —santa, santa, santa—

«—Yo creía que la ficción era el arte de crear la verdad con materiales falsos.

—Desde luego. Pero esto sería hacer falsedades con materiales auténticos.»

WALLACE STEGNER, *En lugar seguro*

«¡Oh, Dios! Aquí tienen a uno que tampoco supo arreglárselas en la vida y por eso se convirtió en un artista.»

FRITZ ZORN, *Bajo el signo de Marte*

«También tengo un libro por terminar, una especie de libro. De un modo u otro me quedan cosas por hacer.»

J. M. COETZEE, *Desgracia*

No recuerdo cuándo se me ocurrió por primera vez la idea de escribir un libro sobre Alejandro Sawa. Sí sé que desde hace algún tiempo esa es una cuestión en la que he venido reparando, pero más bien con escasa intensidad y ninguna disciplina, sí, más bien de ese modo casual con que ciertos asuntos literarios, inconstantes y remisos en origen, estiman oportuno manifestarse.

En efecto, hay historias que se imponen a uno con fulminante rotundidad. Te levantas de la cama un buen día con la cabeza a rebosar, y lo único que queda por hacer es sentarse frente al ordenador y teclearlas, tomar notas al dictado, según las pautas de un discurso que de pronto ya exhibe un sentido completo; sin embargo, lo que me he propuesto escribir no pertenece a esa clase ni condición. Todo lo contrario. El libro que me he propuesto escribir es de los que salpican gota a gota, sin cadencia, de los que aparecen y desaparecen, como el Guadiana, así, a la buena de dios, fiado al albur de una iniciativa propia y ajena a cualquier impulso de la voluntad.

Se lo comenté a Juan Pablo Zapater, amigo desde hace más de veinte años, a quien acudo con frecuencia

de psicólogo una vez cada quince días, como mínimo, para hablar de lecturas y proyectos. Han transcurrido varios meses desde la publicación de mi último libro de cuentos y, conociéndome, dice, a mí, que enciendo un libro con la colilla del anterior, se resiste a creer que todavía no me traiga nada nuevo entre manos. «¿Cuándo has decidido tú escribir sobre Alejandro Sawa?», me suelta. Y la verdad, no sé qué responderle. Miro hacia otro lado, por encima de uno de sus hombros, a través de la puerta acristalada del bar. Se lo he dicho a bote pronto —estoy escribiendo un libro sobre Alejandro Sawa—, sin pensarlo. Si lo que se me pide es exactitud, reconozco que, hoy por hoy, no sabría indicar de un modo preciso a partir de qué momento el personaje del escritor sevillano deja de ser una idea confusa, y empieza a ganar músculo para erigirse en objeto de pensamiento.

—¿También son relatos?

—No.

—Una novela.

—Tampoco.

—Entonces qué.

Me encojo de hombros.

Juan Pablo permanece a la espera, sin moverse, sin quitarme la vista de encima. Es un buen tipo, con un buen corazón. Tranquilo, elegante, feliz. No hay más que verlo: esa sonrisa instalada de forma permanente en los labios, al fondo de su ya canosa y despoblada barba, esa luz afectiva en la mirada; ni siquiera el fruncido mohín con que ahora me escudriña consigue alterarlas.

—No lo sé. Un libro.

Esta conversación acontece a principios de año, jueves, nueve de enero de 2014, a media tarde, en el Malvarrosa, mítico y venerable café de Valencia en la estela de aquellos lejanos cafetines que albergaban la bohemia hace más de cien años; «aquí, en esta humilde portería», escribió el poeta José Luis Parra —delgaducho y marchito por fuera pero gigantesco por dentro—, el Malvarrosa, «local envejecido, cordial y literario». El lugar es un largo pasillo con estanterías de madera oscura repletas de libros contra la pared, y un mostrador también oscuro que se extiende de punta a punta, una superficie nudosa de tacto áspero de la que emana un remanente perpetuo de humedad, un aliento mojado, como si los tablones para armarlo procedieran del casco de una embarcación antigua. Las sillas de respaldo curvo, las mesas bajas con pie de hierro y tapa de mármol, a vetas, una vieja máquina registradora que todavía hoy hacen funcionar, con teclas niqueladas y manivela, le presta al sitio un aire decimonónico propicio a la confidencia.

—No son relatos, no es una novela, entonces qué.

—No lo sé. Un libro.

—Ah, ¿y cuándo has decidido tú escribir sobre Alejandro Sawa?

Con esa pregunta, y sin sospecharlo siquiera, lo que ha hecho mi amigo Juan Pablo no ha sido más que prender la llama. Es así como surgen estos fuegos, súbitos y desconcertantes, de tal manera. Intento hacer memoria. Me esfuerzo. Miro hacia otro lado, por encima de uno de sus hombros, a través de la puerta acristalada del bar.

Se lo he dicho a bote pronto, sin pensarlo. Cierro los ojos.

¿Cuándo he decidido yo escribir sobre Alejandro Sawa?

Desde los primeros compases, desde esa ocurrencia embrionaria de escribir un libro sobre Alejandro Sawa, lo que me ha intrigado, con mucha más tenacidad que la obra en sí, es la leyenda. Hablaba mejor que escribía... Bastante más virtuoso en su parlamento que en su palabra escrita... Al menos, eso es lo que de él afirmaban quienes lo conocieron. «Estaba impregnado de literatura. Hablaba en libro. Era gallardamente teatral», señalará Rubén Darío. Su gran virtud fue la oratoria, sin duda. Rafael Cansinos Assens, quien pudo frecuentarlo durante sus últimos años de vida, dejó escrito lo siguiente: «Le envidiaba su gloriosa oratoria, su leyenda más bien, sin pararme a pensar que aquel gran bohemio no dejaba obra alguna, que toda su obra eran aquellas digresiones grandilocuentes en los divanes de los cafés, y con él se extinguiría».

Carmen Calleja Roveta —nieta por matrimonio con Fernando López Sawa, descendiente directo del escritor—, en el prólogo a *Un legado para el patrimonio de la bohemia literaria española*, lamenta que, respecto al bohemio por antonomasia, solo se haya escrito sobre la parte sensacionalista y escabrosa de su vida. Opina que no se hace justicia al olvidar la faceta de creador literario. Por mi parte, en defensa del interés que profeso hacia la vertiente más abrupta de esa biografía, puedo alegar que no conozco a nadie que sea dueño de sus

inclinaciones. El gusto posee un destacado componente irracional, viene orientado por naturaleza, y el atractivo que me suscita Alejandro Sawa «hombre» está muy por encima de la importancia que se le pueda atribuir como escritor. Pese a que siempre he considerado bastante llamativo que Juan Ramón Jiménez, Manuel Machado o Francisco Villaespesa, entre otros muchos, le dedicaran algunos de sus poemas, o que autores como Pío Baroja, Valle-Inclán y Joaquín Dicenta convirtieran a Alejandro Sawa en personaje de alguna de sus obras narrativas, antes que el intelectual, lo que me ha fascinado desde el inicio es ese individuo hasta cierto punto narcisista, alcohólico y, durante una larga temporada de su vida, algo ludópata, ese personaje estafalario que, impuesto por su propio carácter y a base de tanto perseguir el sueño de ser escritor, se vio obligado a interpretar hasta el desvarío Alejandro Sawa Martínez. «La persecución del ideal que trato de conquistar», le dirá por carta, fechada en Madrid, el dieciocho de diciembre de 1879, a su amigo malagueño Narciso Díaz de Escovar.

«El ideal que trato de conquistar.»

El muy noble sueño de ser escritor.

El ideal, sí.